

Prólogo

*Noviembre de 1156.
Aldea de Cuxham en Oxfordshire, Inglaterra*

¿*P*or qué has tenido que morirte, Sully? —susurró Constance a su marido mientras bajaba la cabeza para seguir cosiéndole la mortaja—. No eras tan viejo.

Aunque sí lo suficiente. Ella calculaba que debía de tener unos sesenta años, con lo cual podía perfectamente ser su abuelo. Sin embargo, despertarse por la mañana y encontrarse con su cuerpo sin vida al lado había sido una sorpresa cruel. No se le ocurría qué enfermedad había podido apoderarse de él por la noche. El mundo estaba lleno de infinitas enfermedades misteriosas. Era imposible que alguien pudiera conocerlas todas.

Constance no lo entendía, pero lloró... y no sólo por Sully, sino también por ella misma. Mientras clavaba la aguja en el grueso lino, se planteó su futuro incierto. ¿Qué sería de ella, ahora que su marido había muerto? Hizo una pausa en la costura, estiró la espalda y miró el interior de la humilde casa donde, casada con el herrero del pueblo, había pasado los últimos dos de sus dieciocho años de vida.

La piel de ciervo que estaba colgada en la puerta se movió y Constance parpadeó ante la corpulenta silueta oscura que se dibujaba frente al intenso sol de la tarde. Era la mujer del administrador,

una amable señora de mediana edad. Le costaba respirar y estaba acalorada.

—¡Constance, corre!

—Ella, ¿qué...?

—¡Rápido! —Ella levantó a Constance del taburete y la lanzó contra la puerta—. Sir Roger viene a por ti.

—Dios mío —la joven viuda se santiguó—. ¿Ya? Pero si ni siquiera he enterrado a Sully.

—El viejo asqueroso no pierde el tiempo. Le ha dicho a Hugh que dejó que te escaparas una vez y que no va a permitir que vuelva a pasar.

—¿Viene a pie o a caballo? —preguntó Constance, con el corazón acelerado.

—A caballo —respondió Ella—, y viene con una cuerda para atarte si te resistes. ¡Vete! Si sigues el río y vas hacia los bosques del norte, hacia Oxford...

—No servirá de nada, Ella. Y lo sabes. Aunque pudiera llegar a Oxford, me encontraría y haría que me trajeran aquí. Ya has visto lo que les pasa a los que intentan escapar. Ya has visto su estado cuando vuelven.

Ella se estremeció y apartó la mirada. Siempre devolvían a los fugitivos en mitad de la noche, y siempre mutilados en un sentido u otro, y especialmente las mujeres.

—Estoy orgullosa de mis ojos y mi lengua —dijo Constance—. No me apetece que me los arranquen.

—Siempre has dicho que preferirías morir a ser la amante de sir Roger —dijo Ella—. ¿No pensarás...? ¿No irás a...?

—¿Matarme? No, eso satisfaría todavía más a sir Roger.

—¿Satisfacerlo? Quiere acostarse contigo, no enterrarte.

—Sí, pero los sacerdotes dicen que si te quitas la vida estás condenado a arder en el infierno y sir Roger cree que cada palabra que sale de la boca de un sacerdote es la voz del Señor.

Ella asintió.

—Es cierto. A juzgar por cómo se comporta con el padre Osred, está claro que el viejo le da mucho miedo.

Constance se quedó pensativa un segundo y, de repente, tuvo una idea.

—Por favor, Constance —suplicó Ella—. ¿Quieres hacer el favor de marcharte antes de que sir Roger llegue?

—Sí —tomó las manos de su amiga y, con la cabeza, señaló hacia su difunto marido, tendido en la cama en su mortaja a medio coser—. Sólo si te quedas y te encargas de Sully.

—Por supuesto. ¡Vete!

Constance le dio un beso en la mejilla, salió de la casa y empezó a caminar con decisión hacia el sur.

—¡Hacia allí no! —gritó Ella desde la puerta—. Hacia el norte, por el bosque. ¡Deprisa!

Constance se dio prisa, de hecho corrió, pero no hacia el norte. Avanzó con piernas temblorosas hacia la rectoría mientras rezaba para que el padre Osred estuviera allí cuando llegara.

Desde el momento en que Constance se había hecho mujer a la avanzada edad de dieciséis años, sir Roger Foliot no había escondido su intención de acostarse con ella. El gordo y mezquino caballero veía a sus vasallos como meros esclavos; los hombres se deslomaban hasta una muerte temprana y las mujeres, si eran bonitas, estaban destinadas a acostarse con él y engendrar sus bastardos, quisieran ellas o no. Además, se rumoreaba que le gustaba infligir dolor y, a juzgar por las caras con moretones y las miradas vacías de las mujeres de las que había abusado, Constance estaba segura de que los rumores eran ciertos.

De hecho, se había casado con Sully Smith para escapar de las atenciones de sir Roger y ante la insistencia de su padre en el lecho de muerte con fiebre. Le había dicho: «Sir Roger es una criatura despreciable, pero respeta el matrimonio. Teme a la Igle-

sia y venera sus sacramentos. Cásate con Sully y sir Roger te dejará en paz».

Y había funcionado. Pero ahora Sully estaba muerto y Roger Foliot venía a por ella.

Cuando se acercó a la rectoría, un edificio de piedra con el tejado de paja que había detrás de la iglesia, a lo lejos oyó unos cascos de caballo. Se volvió y vio a sir Roger, montado en su caballo negro y al galope tras ella.

—¡Padre Osred! —gritó, golpeando la puerta con los puños—. ¡Padre Osred, déjeme entrar!

La puerta se abrió y ella cayó, sin aliento, en los brazos del anciano sacerdote.

—¡Constance! Tranquila, chiquilla.

—¡Padre, viene a por mí!

—¿Quién?

—¡Sir Roger! —Constance cerró la puerta y, con manos temblorosas, echó el cerrojo—. No ha podido esperar ni siquiera a que Sully estuviera bajo tierra.

La expresión de desconcierto del sacerdote se convirtió en comprensión.

—Ah, entiendo. Sir Roger...

Ella se aferró a la sotana negra y clavó la mirada en sus ojos.

—Ayúdeme, padre, por favor. No deje que se me lleve.

El hombre meneó la cabeza e intentó liberarse de las manos de Constance, pero la chica tenía demasiada fuerza y no se soltó.

—Hija, por favor —imploró él—. No tengo tanta influencia sobre sir Roger como la gente cree. Aunque pueda convencerlo para que se marche, volverá por la noche...

—Pues deje que me quede con usted.

El sacerdote parpadeó.

—¿Aquí?

—No me sacaré de debajo de su techo... estoy segura. Podría

cuidar la casa, como hacía Maida —la encargada de la casa del padre Osred había muerto el día de Todos los Santos a raíz de una pequeña herida en el pie que se había infectado y le había envenenado la sangre.

—Hija...

Unos furiosos golpes hicieron temblar la puerta de la rectoría.

—¡Dejadme entrar! —gritó sir Roger desde el otro lado, en francés, por supuesto. Que Constance supiera, sir Roger nunca había aprendido ni una sola palabra en el idioma de sus vasallos—. Sal, Constance. No me obligues a tener que atarte.

—Padre, por favor.

El sacerdote retrocedió, pero Constance no lo soltó.

—Esto desatará la ira de sir Roger —dijo—. Sabrá que te acojo sólo para protegerte de él.

Más golpes en la puerta; el hombre se estremeció.

—¿Y qué? —lo desafió Constance—. Le tiene miedo.

El padre Osred meneó la cabeza.

—Tiene miedo del Infierno, querida. Debo ser cauteloso con Roger Foliot. El día que le exija demasiado solicitará un párroco más complaciente. Ya soy mayor. ¿Qué sería de mí si tuviera que marcharme de Cuxham?

—¡Constance! —gritó sir Roger—. ¡No me obligues a tirar la puerta abajo y tomarte por la fuerza!

—Por favor, padre —le suplicó ella—. Le serviré bien. Se lo juro. Haré todo lo que hacía Maida.

El viejo sacerdote la miró con un repentino interés en los ojos.

—¿Todo?

—Por supuesto. Todo. ¿Puedo quedarme?

Él la sujetó con los brazos rectos y la inspeccionó de pies a cabeza. Constance se dijo que ojalá hubiera podido peinarse y hacerse la trenza. La melena negra y enmarañada le llegaba a la cintura y le daba un aspecto descuidado, y seguramente eso no era

lo que un rector buscaba en quien iba a cuidarle la casa. Y lo que era peor, todavía llevaba la túnica con la que había lavado a Sully y lo había preparado para enterrarlo. Cuando vio que los ojos del párroco se posaban sobre la lana mojada de la túnica, se le detuvo el corazón.

Lo miró y vio otra vez el oscuro brillo en sus ojos. Por un momento, se quedó desconcertada, pero él dijo:

—Sí, puedes quedarte —y ella le agarró las manos y se las besó.

—Gracias, padre. ¡Gracias!

—¡Abra la puerta, padre! —exigió sir Roger—. Entrégueme a la chica y me marcharé.

El sacerdote indicó a Constance que se colocara detrás de él y entonces abrió la puerta. Constance se asomó y vio cómo la silueta obesa y cubierta de brocados de Roger Foliot ocupaba toda la puerta. Estaba con las manos apoyadas en las caderas, con un trozo de cuerda colgando de una de ellas y furioso como un oso enjaulado.

—Entréguemela, padre.

El rector irguió la espalda. Respondió en un modesto francés que Constance pudo entender bastante bien.

—Lamento mucho no poder ayudarle, sir Roger. Quizá usted no lo sabía pero la joven Constance había aceptado encargarse de cocinar para mí y cuidar la rectoría ahora que Maida ya no está en este mundo —se santiguó.

Sir Roger frunció el ceño, boquiabierto. Como siempre, Constance se maravilló ante la gran similitud entre la cara de sir Roger y una masa de pan redondo, completamente fermentado y preparado para recibir golpes. Entrecerró los pequeños ojos negros hasta que apenas fueron visibles entre la carne rosada de alrededor.

—¿Qué malvado plan es este, padre? Yo la he reclamado antes y por los Ojos de Dios que...

—¿Pronuncia el nombre del Señor en vano cuando lo único que pretende es convertir a esta joven en su amante? ¿Lo hace?

Aquella contundente respuesta sorprendió a Constance y, a juzgar por la perpleja expresión de sir Roger y su inmediato gesto de santiguarse, él tampoco se lo esperaba.

—Es que... Es que no es justo, padre. Ahora tenía que ser mía.

—Ahora tiene que servir a la iglesia —lo corrigió el sacerdote—, sirviéndome a mí. Se encargará de la rectoría, cocinará para mí y atenderá todas mis necesidades.

El mezquino caballero asintió muy despacio, con una sonrisa lasciva en los carnosos labios.

—Sus necesidades, ¿eh?

Constance percibió un escalofrío de temor en el cuero cabelludo.

El padre Osred dio un paso adelante hacia sir Roger que, para sorpresa de Constance, retrocedió.

—Esa insinuación es indecorosa. Como he dicho, la joven Constance va a servir a la iglesia. Y me atrevería a decir que hay un lugar en el infierno reservado para aquellos que obligan a una joven a cometer pecados carnales en lugar de permitir que sirva a un viejo e inofensivo sacerdote.

La sebosa cara de sir Roger se sonrojó. Constance juraría que había visto miedo en sus ojos antes de que recuperara la compostura. Cuando la miró, sin embargo, lo único que percibió fue una fría ira que la hizo estremecerse.

—Tú ganas —dijo, muy despacio—. De momento.

Envalentonada, Constance salió de detrás del padre Osred.

—Para siempre —dijo, en su extraño francés con mucho acento—. Nunca seré su puta, Roger Foliot. La mera idea me repugna.

Sir Roger arqueó una ceja.

—Nunca es mucho tiempo, ¿no te parece? Sobre todo cuando uno insiste en buscar protección en hombres tan mayores. Los hombres mayores suelen morirse. Un día, nuestro querido padre Osred

—movió la cabeza en dirección al cura—, te dejaré para unirse a su Creador, y entonces ten por seguro que serás mía.

Constance levantó la barbilla.

—Si cree que algún día me entregaré a usted...

El obeso caballero chasqueó la lengua.

—¿Entregarte a mí? ¿Quién te ha dicho que quiero eso? Sí, a algunos hombres les gusta que les pongan el placer en bandeja. Pero, en mi opinión, se consigue más placer tomando lo que no se ofrece libremente, y tengo las cicatrices que lo demuestran. Así que no confíes en que tu resistencia me detendrá. Y no pienses, ni por un segundo, que hemos terminado. Ya te me has escapado dos veces, pero juro por mi vida que no habrá tercera vez.

Sir Roger miró otra vez al sacerdote antes de añadir, en un tono comedido:

—Si estuviera en tu lugar, querida Constance, rezaría cada día para que el bueno del padre Osred goce de buena salud y viva muchos años porque, cuando él ya no esté, juro que nada evitaré que seas mía.

Se volvió y, con un gruñido, se subió al caballo.

Constance cerró la puerta, se apoyó en la madera y cerró los ojos.

—Gracias a Dios —susurró.

Cuando abrió los ojos, vio que el padre Osred la miraba de una forma extraña. El rector se aclaró la garganta y dijo:

—Ven.

Constance lo siguió hasta la otra habitación, una pequeña sala tan pobre y sombría como el resto de la casa. Vio un enorme crucifijo junto a la ventana y, debajo, un lavatorio. Había varios colgadores en la pared con sotanas y vestimentas, varias cajoneras de madera y una cama. El padre Osred abrió las cortinas de la cama, apartó la colcha y acarició el colchón con su esquelética mano.

—Plumas —dijo, sonriendo. Le indicó que se acercara—. Imagino que nunca habrás dormido en un colchón de plumas.

—No, padre —Constance empezó a tener mucho frío. Era la única cama de la rectoría, que tenía dos habitaciones.

El sacerdote asintió alegremente y empezó a desabotonarse la sotana.

—Seguro que te gusta. Maida siempre decía que, después de dormir aquí, nunca más habría podido acostumbrarse a un catre de paja.

Desconcertada, Constance se acercó a la ventana y miró hacia el cementerio mientras el padre Osred seguía desvestiéndose.

—Padre, yo...

—Yo, ¿qué? Ten cuidado con lo que dices o puede que te eche y seas una presa fácil para sir Roger.

Había oído las habladurías sobre el padre Osred y Maida, pero nunca había hecho demasiado caso. Ahora que los sacerdotes tenían prohibido casarse, muchos tenían amantes, una práctica aprobada por los miembros de la parroquia y otros religiosos. Sin embargo, el padre Osred era mayor y Maida, aunque era mucho más joven que él, era poco agraciada y piadosa. Pero, por lo visto, los rumores eran ciertos. Constance había sido tan tonta...

«Haré todo lo que hacía Maida.» Y ahora el padre le estaba tomando la palabra.

—¿Constance? —ella se volvió y descubrió que sólo llevaba un camisón y que estaba señalando un colgador de la pared—, puedes colgar tus cosas aquí.

Consternada ante el trato que había aceptado sin darse cuenta, se planteó todas las opciones. Si huía, sir Roger haría que la encontraran y la trajeran de vuelta. De entre las muchas lápidas del cementerio, sus ojos buscaron la de la joven Hildreth, que había huido del amo el verano pasado y la habían devuelto en unas condiciones lamentables. Su cuerpo fue descubierto ese mismo día, bocabajo en el río. A pesar de que dijeron que la muerte había

sido accidental, Constance sospechaba que había preferido quitarse la vida antes que pasarse el resto de sus días totalmente desfigurada.

Percibió cómo las manos del padre Osred le desabrochaban la túnica. Sus manos, igual que las de Sully, estaban congeladas, pero las semejanzas terminaban ahí. Las manos del herrero eran grandes y callosas por el trabajo, mientras que las del sacerdote eran suaves y delicadas como las de un caballero.

Toda la vida había soñado con la libertad; liberarse de sir Roger, de Cuxham y de la servidumbre a la que la obligaban su pobreza y su género femenino. Pero era un sueño que tendría que esperar... por ahora. Tenía que tener paciencia. Sólo tenía que aguardar el momento oportuno, pero manteniendo los ojos y las orejas abiertos, alerta ante cualquier oportunidad de marcharse sin llamar la atención. Puede que tardara años; sólo esperaba que el padre Osred viviera hasta entonces. El padre le quitó la túnica por la cabeza y la colgó. Sin embargo, cuando fue a por la camisola, ella le apartó las manos.

—Déjeme quedarme así. Hace frío.

Él asintió con comprensión.

—Claro —la tomó de la mano, la acompañó hasta la cama y la hizo tenderse—. ¿Tienes frío? ¿Quieres la colcha?

—Sí, por favor.

«No está tan mal», se dijo mientras el padre Osred los cubrió a los dos con la colcha y empezó a subirle la camisola. Puesto que era mucho más menudo que Sully, la incomodidad de tenerlo encima era mucho menor. Además, el acto en sí terminó al poco de empezar, por lo que ella dio gracias. Su marido lo alargaba una eternidad y la dejaba muy dolorida.

El padre rodó hacia un lado y, al cabo de poco, Constance oyó un ronquido agudo. Ella también estaba cansada, y más teniendo en cuenta los turbulentos acontecimientos del día. «Deben de ser las

plumas», pensó mientras se acomodaba en el blando colchón. No le extrañaba que a Maida le gustara tanto esta cama.

Justo antes de dormirse, le vino a la cabeza un pensamiento. Intentando no hacer ruido, se levantó y se arrodilló en los juncos que había junto a la cama. Y entonces rezó con todo su corazón para que el padre Osred gozara de buena salud y viviera muchos años.

Capítulo 1

«Han pasado ya mil años desde que se asentaron los inicios de una ciudad en los meandros donde se encuentran los ríos Cherwell y Támesis. La ligera pendiente, que iba desde donde se cruzaban los ríos hasta la cima de la colina, dio la forma de estrecho rectángulo a la ciudad. La construyeron sajones, daneses y normandos, la coronaron de iglesias y la fortificaron con murallas. En las tierras de alrededor, los monjes levantaron altares y claustros de peregrinaje y oración. La Edad Media se apoderó de todo y lo llenó de sus genios y sus sueños, sus empresas ambiciosas y en constante evolución, sus vanos debates. Y, a medida que la superstición se fue ampliando hasta el estudio, y la demanda de conocimientos se hizo imparable, los profesores e ilustrados se hicieron con el lugar...»

Extracto de *A History of the University of Oxford*,
Volume I de CHARLES EDWARD MALLETT

Marzo 1161, Oxford

—¡Cuidado con la cabeza, padre!

Rainulf de Rouen, también conocido como Rainulf Fairfax, doctor en lógica y teología, profesor de Oxford y sacerdote orde-

nado, agachó la cabeza justo a tiempo para evitar el impacto de una jarra de cerveza.

—¿Qué diantres...?

—Ha sido Victor, padre —dijo Thomas. El joven y rubio alumno señaló hacia el fondo de la taberna, donde Victor de Aeskirche se estaba subiendo a una mesa vitoreado por sus escandalosos amigos—. La jarra no iba para usted, padre —le explicó Thomas—. Está peleado con Burnell.

Rainulf se volvió y vio que el propietario de la taberna, un tipo enorme con el pecho hinchado y el delantal lleno de grasa, alargaba la mano hasta debajo del mostrador donde servía las cervezas y los pasteles de carne.

—Oh, oh —Rainulf se acabó su jarra de cerveza y se levantó justo cuando Burnell sacaba un palo de madera. No le apetecía especialmente entrometerse en ese altercado, y no lo haría si no fuera por la reputación de sanguinario de Burnell. Desde que, varios años atrás, los estudiantes habían empezado a acudir en tropel a Oxford, ya había golpeado a más de uno. Incluso se rumoreaba que era el responsable de la muerte de un chico que encontraron apaleado en un callejón al lado de Fish Street. A pesar de sus muchos defectos, Victor no merecía una muerte como aquella.

—Deja eso, Burnell —dijo Rainulf sin alterarse.

—No se meta, padre —respondió Burnell en un francés anglicanizado. Levantó el palo con su enorme mano mientras se abría camino entre la ruidosa multitud de estudiantes medio borrachos—. Le dije a ese que no volviera, pero no me ha hecho caso —agarró el palo con ambas manos y empezó a balancearlo en la penumbra de la taberna, ahuyentando a la joven clientela—. Ya verá como ahora me escucha.

—¡Tiene miedo de que venga! —exclamó Victor ante los estudiantes con toga negra que rodeaban la mesa sobre la que estaba de pie con las manos en las caderas—. ¿Y sabéis por qué?

Rainulf se acarició el pelo rubio en un gesto cansado. Victor, con su aspecto oscuro e impactante y su fuerte temperamento, ejercía una tremenda influencia sobre sus colegas estudiantes. Si quisiera, podría utilizarla para arreglar los malentendidos entre los estudiantes de Oxford y los comerciantes de la ciudad. Sin embargo, él había preferido echar más leña al fuego.

Burnell avanzó mientras agitaba el arma en el aire.

—¡Ya te diré yo por qué no quiero que vengas! Porque sólo traes problemas, así de sencillo. No sabes cuándo cerrar el pico.

Victor se cruzó de brazos y adoptó una actitud desenfadada, con todo el peso apoyado en una pierna.

—Claro que sé cuándo cerrar el pico, y lo haré. Pero sólo después de explicar a todos que mezclas la cerveza con aguas residuales.

Burnell enrojeció de furia.

—¿Qué? No tienes ninguna prueba de que...

—Y Dios sabe qué habrá en esos pasteles de carne.

Burnell levantó el palo.

—Serás...

—Y si el precio fuera razonable, no me importaría tanto —prosiguió Victor—. Pero es que encima, ¡eres un ladrón!

—¡Hasta aquí hemos llegado! ¡Baja y pelea conmigo como un hombre! —Victor sacó algo de debajo de la toga negra. Rainulf vio el destello metálico y maldijo en voz baja. Victor, hijo bastardo de un sacerdote, había pasado dos años como soldado mercenario antes de llegar a Oxford, donde sin duda se había dedicado con más energía a las peleas que a los estudios. Era casi como si realmente quisiera acabar muerto en algún callejón.

Victor saltó de la mesa y agitó la daga en el aire.

—¡Victor! —Rainulf se interpuso entre los dos hombres—. Los dos. Vamos fuera a hablar de...

—Aquí ya no se habla más, padre —lo interrumpió Victor—.

Ha llegado el momento de la acción —levantó la voz y miró hacia su ebrio público—. ¡Ya es hora de que los dueños de tabernas y hostales de Oxford sepan que los que hemos venido a estudiar no aguantaremos más este trato! ¡Es hora de reclamar comida y bebida decente y habitaciones limpias y seguras a cambio de nuestro dinero!

La taberna se llenó de gritos de: «¡Eso, eso!».

Rainulf señaló la daga que Victor llevaba en la mano.

—¿Y crees que esa es la forma de conseguirlo?

—Es la única forma que los de su calaña entienden —dijo, señalando con la cabeza hacia Burnell.

El tabernero avanzó hacia Victor.

—¿Qué se supone que significa eso?

Victor también avanzó.

—Te lo explicaré de forma sencilla, para que me entiendas. Si tengo un perro y hace algo mal, ¿intento razonar con él? No, porque eso sería una pérdida de tiempo. Le pego, porque es el único lenguaje que entiende. Y lo mismo pasa con los hombres que son poco más que bestias...

Burnell blandió el palo mientras gritaba:

—Apártese de mi camino, padre.

—No —respondió Rainulf—. Dame el palo.

Burnell lo empujó y lo rodeó mientras Victor se volvía hacia él. En un abrir y cerrar de ojos, Rainulf cogió un banco de madera del suelo y lo levantó. Se rompió por la fuerza del palo, pero logró impedir que siguiera avanzando. El sacerdote le quitó el palo a Burnell y lo tiró al suelo de tierra de la taberna.

Cogió la tabla que era el asiento del banco y se volvió hacia Victor mientras éste estaba a punto de lanzar la daga hacia el aturrido dueño de la taberna. Rainulf se colocó entre los dos y golpeó a Victor en el pecho con la tabla. Por un segundo, el envalentonado estudiante se quedó inmóvil y ligeramente confundido. Luego, cayó

de rodillas al suelo y la daga le resbaló de la mano. Rainulf la alejó con una patada y dejó la tabla en el suelo.

Se echó el pelo hacia atrás con las dos manos y se volvió hacia los demás, que estaban boquiabiertos.

—La pelea ha terminado. Volved a vuestra cerveza.

Mientras la multitud se dispersaba, la mujer de Burnell se llevó a su marido a la trastienda. Rainulf levantó a Victor y lo empujó hacia la puerta.

—No siempre estaré aquí para protegerte de tus propias estupideces, Victor. Hazme caso y mantente alejado de Burnell —le dio un empujón no demasiado amable y el chico se perdió en la noche iluminada por la luna.

Thomas lo miró.

—Lo ha hecho muy bien, padre. ¿Aprendió a pelear así en Tierra Santa?

—No, en la Universidad de París. En Tierra Santa no luchaba así.

Thomas frunció el ceño.

—Pero seguro que en las Cruzadas luchó...

—Para matar —abrevió Rainulf—. Es otro tipo de pelea.

Thomas pareció digerir aquella información durante unos segundos y luego movió la cabeza hacia la puerta de la taberna:

—¿Conoce a ese hombre?

El hombre que estaba en la puerta tenía el pelo del color del cobre y la cara pálida llena de pecas. Llevaba una túnica sencilla y limpia y una bolsa de cuero.

Rainulf meneó la cabeza.

—Recordaría esas pecas.

El extranjero recorrió toda la taberna con la mirada y la detuvo cuando encontró a Rainulf. Aquel interés no lo sorprendió en absoluto. Su altura ya solía llamar la atención, y seguro que no encajaba en aquella pequeña taberna estudiantil, puesto

que era el único profesor y, a los treinta y seis años, el mayor de los presentes.

—¿Es usted el que conocen como Rainulf Fairfax? —preguntó el hombre, con la mirada clavada en el albino pelo del sacerdote, lo que le había valido el sobrenombre de Rainulf el Rubio por parte de los estudiantes.

—Sí.

El hombre miró la toga negra de Rainulf; no era una sotana, como sería lo propio, sino la capa de un maestro secular, cuya parte delantera abierta dejaba ver una túnica marrón y calzas.

—Me han dicho que es sacerdote.

Alguien de la taberna se aclaró la garganta de forma sonora; otro chasqueó la lengua.

—Y tenían razón... más o menos —respondió Rainulf. Algunos estudiantes se rieron, pero él mantuvo su expresión neutra.

—¿Lo es o no?

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Rainulf.

—Necesito encontrar un sacerdote que haya pasado la escarlatina —dijo el hombre pelirrojo—. Me han dicho que usted encajaba con la descripción.

—¿Quién?

El hombre se encogió de hombros.

—Algunos de los profesores. Si se han equivocado, dígamelo y no lo molestaré más.

—No se han equivocado pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la escarlatina?

—Ha habido una plaga en la aldea de Cuxham en las últimas semanas. Necesito que dé la extremaunción.

—Soy un sacerdote maestro —dijo Rainulf—. Hace años que no ejerzo los ritos eclesiásticos. Debe de haber un párroco en Cuxham. ¿No puede hacerlo él?

—Lo ha estado haciendo —respondió el hombre—, pero ahora

ha enfermado él también. Un caso grave, pero esperemos que sea de los últimos; creo que la plaga ha terminado. En cualquier caso, el padre Osred se está muriendo y le he prometido a sir Roger Foliot que traería a un sacerdote para que le diera la extremaunción. Pero tengo que encontrar a uno que haya pasado la escarlatina, para que no se contagie.

Parecía que el hombre sabía de lo que hablaba, así que Rainulf le preguntó:

—¿Es usted médico?

—Soy cirujano ambulante. Me llamo Will Geary. ¿Lo hará?

Rainulf intentó encontrar un buen motivo para negarse pero, al no encontrarlo, suspiró y asintió.

—Sí.

Rainulf pasó por su casa de St. John Street para ponerse ropa de viaje y recoger las cosas que iba a necesitar y meterlas en la alforja. En el último momento, cogió un pequeño relicario de plata con un mechón de pelo de san Nicasio y lo guardó entre las vestiduras y los ungüentos.

Hacía calor para ser marzo y, a pesar de la fúnebre misión, el viaje hasta Cuxham le resultó muy agradable. Siguió la ruta que le había sugerido Will Geary, y cabalgó doce kilómetros al sureste hasta que encontró el molino que señalaba la frontera norte de la aldea de Cuxham. A partir de ahí, siguió el riachuelo hacia el sur a través del bosque y las tierras de conreo hasta que llegó a la rectoría de piedra y paja, y se habría dirigido directamente allí si no se hubiera fijado en una figura que estaba cavando una tumba en el cementerio. Detuvo el caballo y se quedó observando desde la distancia, extrañamente cautivado por aquella visión.

Era una mujer, de edad indefinida puesto que estaba de espaldas, y con un vestido sencillo y el pelo atado en dos trenzas recogidas en

la nuca. En el suelo, a su lado, protegido del sol de la tarde por un tejo, había un cadáver cubierto con una manta.

Rainulf desmontó, dejó el animal junto al riachuelo y se acercó a la mujer que todavía no parecía haberse dado cuenta de su presencia. Cuando se acercó, no vio a nadie, sólo dos tumbas cavadas en el suelo. Una parecía terminada, a juzgar por la cantidad de tierra que había al lado. La otra sólo era una trinchera. La mujer estaba trabajando laboriosamente en esa segunda, aunque la lentitud de sus movimientos delataba que la fatiga había hecho mella en ella.

Rainulf miró a su alrededor en busca de otro cadáver, pero no vio ninguno. Sí que vio, repartidas por el cementerio, varias lápidas viejas y algunas tumbas recientes, sin duda de víctimas de la escarlata.

Se detuvo a unos tres metros de la mujer y se aclaró la garganta. Ella gritó y se volvió, sujetando la pala como si fuera a golpearlo. Estaba colorada y le temblaban las manos. Rainulf vio miedo reflejado en sus grandes ojos marrones, y luego confusión.

—Usted no es... —empezó a decir la chica en la antigua lengua anglosajona—. Creí que quizá sería sir... —respiró hondo, aliviada, y bajó la pala—. ¿Quién es usted?

Rainulf avanzó un paso, pero ella volvió a levantar la pala y él se detuvo.

—No se acerque más —le advirtió ella. Tenía una extraña voz ronca, inesperada en una mujer de constitución tan menuda.

Rainulf levantó las dos manos.

—Tranquila —dijo, en inglés—. Soy Rainulf Fairfax. El padre Rainulf Fairfax, de Oxford.

Ella observó el pelo corto y alborotado, sobre el cual no llevaba solideo, y la sencilla ropa de viaje.

—No parece sacerdote.

—No lo soy —respondió él, seco.

Un brillo de diversión se reflejó en los ojos de ella y él, que lo

tomó como una señal de relajación, volvió a avanzar, pero la chica agitó la pala en el aire.

—¡Atrás!

—No le haré daño —la tranquilizó él.

Ella sonrió con ironía.

—Ya sabía que no, pero es que tengo la plaga amarilla y no quiero que se contagie.

Rainulf se fijó en la cara colorada. Lo que al principio le pareció que era miedo no había desaparecido, como tampoco el temblor de las manos. Sospechaba que, si la chica dejara que la tocara, su piel estaría ardiendo. Así era como empezaba aquella terrible enfermedad, lo sabía; con fiebre, escalofríos y ese extraño tono escarlata en la cara y el cuerpo. Las erupciones aparecerían poco después.

—Entonces, no se preocupe —respondió él—. Ya he pasado esa enfermedad. No puedo contagiarme.

Ella le observó la cara.

—¿Ya la ha tenido?

—Contraí algunas enfermedades interesantes mientras los turcos me tuvieron preso hace algunos años. La escarlatina, lo que usted llama plaga amarilla, fue una de ellas —ladeó la cabeza y señaló dos marcas minúsculas a un lado de la mandíbula.

La chica bajó la pala y se le acercó muy despacio, con la mirada fija en las cicatrices.

—¿Sólo le quedaron esas dos marcas? —le preguntó con incredulidad—. ¿Nada más?

—Tuve suerte.

—Ya lo veo —señaló con la cabeza el cadáver que estaba a la sombra del tejo—. El padre Osred no tuvo tanta suerte.

Rainulf se acercó al cuerpo y se arrodilló en el suelo. Alargó la mano hacia un extremo de la manta para descubrirle la cara pero dudó unos segundos porque, aparte del hedor de la muerte, percibió el característico y enfermizo olor de la última etapa de la escarla-

tina. Era un olor que le traía muchos recuerdos. Cerró los ojos y se transportó al Levante mediterráneo, a aquella nauseabunda celda subterránea donde él y dos docenas más de jóvenes soldados soporaron un año de sufrimiento infernal, todo en nombre de Jesucristo. Su tormento alcanzó nuevos límites cuando la escarlatina apareció en la apestosa celda y azotó a uno de cada cuatro hombres y dejó al resto deseando haberla contraído.

Retiró la manta, contuvo el aliento y santiguó el cuerpo. La cara que tenía delante estaba tan llena de pústulas amarillas que los rasgos estaban deformados. El fino pelo blanco de la pobre criatura era lo único que indicaba qué edad tenía. Si Rainulf no hubiera sabido que se trataba del viejo rector, incluso hubiera sospechado que era una mujer.

—Es mejor así —dijo la mujer. Rainulf se volvió y la vio de pie detrás de él, apoyada en la pala y mirando pensativa al sacerdote muerto—. Al final, se quedó ciego. A algunos les pasa, ¿lo sabía?

—Sí —tragó saliva.

Ella lo miró con curiosidad y él la miró a los ojos, atraído por algo que lo sorprendió y lo emocionó. Compasión. La chica sentía compasión... ¡por él! Allí estaba, con una enfermedad terrible que mataba, cegaba y deformaba y, sin embargo, al percibir su dolor y su pesadilla, su alma se compadecía de él.

«Una mujer de lo más extraño», pensó mientras la miraba fijamente. En las cálidas profundidades de sus ojos vio curiosidad, humor y algo más... sabiduría.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

Ella se rió y mostró unos dientes tan blancos y alineados que serían la envidia de cualquier dama de la nobleza. Esa sonrisa era deliciosa, y contagiosa. De hecho, Rainulf tuvo ganas de reír, algo muy extraño teniendo en cuenta que hacía años que no sonreía, y que le parecía inapropiado dadas las circunstancias.

—¿Qué es tan gracioso?

—Usted —respondió ella—. Es que es una persona extraña. Sólo eso.

—¿Yo? —volvió a cubrir el cuerpo con la manta y se levantó—. ¿Qué tengo de extraño?

Ella meneó la cabeza mientras seguía sonriendo.

—Preguntarme la edad así sin más, e incluso antes de preguntarme cómo me llamo. Es algo propio de mí.

—¿El qué?

—Hacer las preguntas incorrectas en el momento menos apropiado —Rainulf percibió que la chica tenía un escalofrío, pero meneó el cuerpo y volvió a sonreír—. O eso solía decir el padre Osred. Decía que era como una niña pequeña, porque siempre estaba haciendo preguntas.

—Yo también soy así, pero es que yo soy profesor. Hacer preguntas está en mi naturaleza y, por supuesto, cuestionar las respuestas.

Ella asintió.

—*Disputatio*.

Rainulf se quedó de piedra al comprobar que aquella chica, que evidentemente era inculta, conocía el término latín para designar el debate académico. Hablaba muy bien para ser una mujer en sus circunstancias, aparte de saber cosas que no interesaban a quien no estudiara en Oxfordshire. Se preguntó dónde habría aprendido todo aquello.

Ella lo observó unos segundos.

—Tengo veintitrés años. Y hablo francés, inglés y latín, aunque prefiero expresarme en inglés. Y, por si le interesa, me llamo Constance.

—Constance —repitió él—. Un nombre muy bonito. Viene del latín. Significa «Inmutable».

—Lo sé.

«Claro», pensó Rainulf, divertido.

Ella hizo una mueca.

—Lo odio. ¿Por qué iba alguien a querer ser constante, como si el cambio fuera algo tan malo? Si no fuera por el cambio, todo se estancaría, ¿no es cierto? Y lo que se estanca suele pudrirse, como el agua de un río que deja de fluir. ¿Qué puede haber de bueno en eso?

Rainulf observó maravillado a aquella frágil y exhausta joven, con los ojos cristalinos por la fiebre, y que estaba discutiendo sobre la naturaleza del cambio. Y tenía razón, por supuesto; el cambio era el tejido de la vida. Y de la muerte.

—Mi padre quería llamarme Corliss —prosiguió ella—, pero mi madre no le dejó. Mala suerte.

—Corliss. ¿No es nombre de chico?

Ella frunció el ceño indignada, una expresión que, en su cara, resultaba sorprendentemente encantadora.

—¡Es de chico o de chica! ¡Y es mucho más apropiado para mí que Constance!

—Quizá tengas razón —le concedió él, con una pequeña reverencia. Movi6 la cabeza hacia el cadáver del padre Osred—. He venido a darle la extremaunción.

—Ya es demasiado tarde —respondió ella con tristeza mientras se rascaba la espalda.

—Es demasiado tarde para hacerlo como Dios manda —añadió él—, pero todavía puedo darle el sacramento. Hay quien cree que sirve igual cuando la persona ha muerto sin ser excomulgada de sus pecados.

Ella asintió.

—Adelante —se volvió hacia la tumba a medio cavar y dijo—. Yo seguiré con esto.

—Quieta —dijo él—. No deberías estar cavando tumbas. Estás enferma y... bueno, ¿no hay otra persona que pueda hacerlo? ¿Tu marido, quizá?

—Soy viuda.

—Lo siento. ¿Ha muerto de escarlatina?

—No. Fue hace cinco años. Padre, sólo estoy yo para enterrarlo. Los hombres que no han enfermado no quieren enterrar a los muertos por miedo a contagiarse. Y los que han enfermado están muy débiles. No quiero molestarlos con esto.

—Yo enterraré al padre Osred —dijo Rainulf—. Y también terminaré esta segunda tumba, si me dices para quién es.

—Creía que lo sabía —respondió ella, sonriendo como si estuviera ante un niño pequeño—. Es para mí.

El alto sacerdote miró a Constance como si le hubieran salido serpientes vivas de la cabeza.

—¿Estás cavando tu propia tumba?

—No hay nadie más que pueda hacerlo —respondió ella—. Mi amiga Ella Hest me ha prometido que vendrá por la mañana a ver cómo estoy. Si estoy muerta, me meterá en la tumba y la cubrirá de tierra, pero se está haciendo mayor así que he querido evitarle el trabajo de tener que cavar.

Él frunció el ceño, claramente perplejo.

—¿Crees que morirás entre esta tarde y mañana por la mañana?

—Quizá sí. Otros han muerto en esta fase, antes de la aparición de las erupciones. La fiebre sube, pierden la conciencia. A veces, tienes síncofes...

—Lo sé —se pasó los largos dedos por el pelo corto. Lo tenía rubio pálido y brillante, como un niño. En cambio, las cejas y la incipiente barba que le oscurecía la fuerte mandíbula eran negras. Sin embargo, el rasgo más característico eran sus ojos, de color verde pálido y marrón. Mirarlos era como perderse en el agua de la orilla de un lago, donde se mezclaba con la tierra. Constance vio inteligencia en ellos, y amabilidad, algo que la sorprendió porque no eran cualidades que soliera relacionar con las personas de origen noble. Estaba claro que el sacerdote, a pesar de su discutible apariencia, era

un normando de buena familia, algo evidente en sus formas, en su educado discurso y en el acento que imprimía a su lengua nativa.

Él apretó la mandíbula. ¿Acaso estaba recordando cuando él mismo sufrió la plaga amarilla? A juzgar por su reacción, sabía mucho más de lo que decía de aquella pestilencia tan particular.

Ella hizo un gesto con la pala hacia la tumba.

—Entonces, entenderá por qué debo terminar de cavar...

—¡No! —le quitó la pala—. No tengo ninguna intención de permitir que realices este esfuerzo estando tan enferma. Y no debes preocuparte por morir.

—No me preocupo —lo corrigió ella—, sólo me preparo, mientras pueda —alargó la mano para coger la pala, pero él la apartó y ella perdió el equilibrio. El mundo empezó a dar vueltas y sintió que le flaqueaban las piernas.

—¿Constance? —parecía que la voz llegaba desde muy lejos. Sintió un dolor muy intenso detrás de los ojos y se cubrió la cara con las manos. Notó cómo él la sostenía por los hombros—. ¿Constance?

—Estoy bien —respondió ella, en tono áspero. Luego, intentó levantarse—. Estaré bien.

De repente, sintió que flotaba y se dio cuenta de que Rainulf la había cogido en brazos.

—¿Dónde vives? —le preguntó.

—No —protestó ella, resistiéndose con todas sus fuerzas. Aunque fue inútil. La enfermedad la había debilitado y estaba claro que él era muy fuerte. La había levantado como si no pesara nada y ella notaba los potentes músculos debajo de la sencilla túnica de lana.

—¿Dónde vives? —repitió él pacientemente.

—Por favor... la tumba —consiguió decir ella mientras el dolor de la cabeza la cegaba—. No lo entiende. Le prometí a Ella que estaría preparada.

—Ya la cavaré yo —dijo él.

—¿Lo hará?

—Claro, si así te quedas tranquila. Ahora dime dónde vives.

Ella señaló.

Él frunció el ceño en un evidente desconcierto.

—¿La rectoría?

Constance asintió.

—Cuido... Cuidaba la casa del padre Osred.

Cerró los ojos y notó el balanceo de los pasos rítmicos del padre Rainulf mientras atravesaba el cementerio y cruzaba el umbral de la puerta de la casa de piedra.

—¿Cuál es tu cama?

—Duermo ahí.

Él entró en la habitación y se detuvo. Constance abrió los ojos y lo vio mirar la cama de matrimonio de plumas, las vestimentas colgadas en la pared, el crucifijo... y otra vez la cama. Vio que lo entendía todo pero su expresión no delató ninguna señal de sorpresa o desaprobación.

La dejó en el borde la cama y miró la túnica, que estaba sucia de tierra.

—Querrás quitarte eso. ¿Tienes camisón?

Ella señaló uno que estaba colgado en la pared y él se lo acercó.

—¿Puedes cambiarte sola? —le preguntó él—. Bueno, si necesitas ayuda puedo... —se encogió de hombros y Constance comprobó con diversión que tenía las orejas sonrojadas.

Sonrió.

—No. Ya puedo. Gracias.

Él asintió y se marchó. Constance se quitó la túnica sucia, se puso el camisón de lino limpio de manga larga y se tendió en la cama. Cada vez que parpadeaba, parecía que las vigas del techo se movían y luego, muy despacio, volvían a su sitio. Esperó a que aquel extraño movimiento cesara, luego se incorporó en la cama y miró por la ventana hacia el cementerio.

Vio al padre Rainulf desabrocharse el cinturón, tirarlo al suelo, y luego quitarse la túnica por la cabeza y dejarla en una rama del tejo. Debajo, llevaba una camisa blanca de lino, calzones y mallas de cuero aferradas a las piernas con cuerdas en zigzag. Se subió las mangas, revelando unos antebrazos musculosos, cogió la pala y se puso a cavar la tumba de Constance.

Iba deprisa, cavando con movimientos potentes y eficaces, lo que permitía que hiciera grandes progresos. Constance lo observó con interés. A pesar de ser un intelectual y un aristócrata, le parecía un hombre terriblemente viril, sobre todo para ser sacerdote. No pudo evitar preguntarse si mantenía el voto de castidad o, como muchos otros hombres de Dios, tenía una mujer escondida en alguna parte.

Cuando el dolor de cabeza y espalda fue demasiado intenso, Constance cerró los ojos y volvió a tenderse, con la esperanza de que si se quedaba quieta desaparecía.

Sin embargo, cuando más tarde se despertó, comprobó que no había desaparecido. Al sentarse, descubrió una enojosa sensación de escozor, como si le hubieran escaldado el cuerpo con agua hirviendo. También descubrió que la fiebre había empeorado considerablemente. Se envolvió con un chal, salió de la cama y fue tambaleándose hasta la ventana.

El padre Rainulf se había metido dentro de la tumba y sólo le veía la cabeza. Lo observó hasta que, una vez terminado el trabajo, dejó la pala en el suelo, apoyó las manos en el borde del agujero y saltó con un rápido y ágil movimiento.

Se había quitado la camisa y las mallas. El esfuerzo había hecho que los calzones le resbalaran un poco y se le apoyaran en las caderas. Incluso desde la distancia, vio el brillo del sudor empapándole la cara y el torso. Tenía el pecho cubierto de vello negro, que iba disminuyendo a medida que iba bajando la vista y desaparecía debajo de los calzones. De espalda ancha y extremidades largas, se movía

con tanta gracia que a Constance le resultaba complicado apartar la mirada.

Se desató el cordón de los calzones y ella vio una zona oscura debajo del estómago plano justo antes de que se los subiera y volviera a atar el cordón. Cogió la camisa del suelo, la sacudió y la utilizó para secarse. Después, se la volvió a poner, junto con la túnica y el cinturón, y se alejó.

Cuando volvió a verlo al cabo de un rato, vio que traía una alforja. Se arrodilló en el suelo, la abrió y sacó otra tela. Constance se dijo que quizá era una camisa limpia pero, cuando la desdobló y se la colocó encima de la túnica, descubrió que era una sobrepelliz. Después, se colocó un solideo negro y luego sacó la estola, que besó y se colocó encima de los hombros.

—Vaya, Rainulf Fairfax —suspiró Constance mientras él descubría el cuerpo del padre Osred y destapaba una pequeña botella de cristal—, parece que sí que eres sacerdote.

Pensó que ojalá hubiera tenido tela y tiempo suficientes para coser una mortaja decente para el viejo rector. Al final, resultaba que vivir con el padre Osred no había estado tan mal. En realidad, había sido muy bueno con ella, incluso generoso, y Constance había llegado a sentir cierto afecto por él. Le había dado pena verlo morir de aquella forma tan horrible y, a pesar del miedo de perder la protección que suponía frente a Roger Foliot, había rezado incesantemente para que Dios se lo llevara y encontrara la paz.

Mientras miraba cómo el padre Rainulf se arrodillaba para rezar, la imagen empezó a desvanecerse hasta que desapareció. Sintió un escalofrío, como la brisa helada que entra por la puerta en invierno. Se agarró con fuerza al alféizar de la ventana mientras aquella frígida presión le congelaba los pensamientos y le impedía ver.

«Señor, por favor, no dejes que me quede ciega», suplicó en silencio mientras notaba cómo su cuerpo golpeaba el suelo.